

algo ó dejarlo de hacer, me preguntaré á mí mismo, postrándome, si puedo, ante una imagen de la Señora. Si estuviera la Virgen Santísima presente, ¿qué haría yo en este caso para darle gusto? Esta reflexión me podrá servir también al sentirme acometido de la tentación, ó al hallar dificultad en vencerme en alguna cosa, que sin embargo me conviene hacer.

Oraciones

PARA EL

DIA OCHO DE CADA MES,

DEDICADO

A la Inmaculada Concepción DE LA VIRGEN MARIA.

ORACIÓN PREPARATORIA (1).

Señor Dios mio, que sois lumbre de los corazones que os ven, y vida de las almas que os aman, y virtud de los pensamientos que os buscan, dadme gracia para que yo esté por amor santo unido con Vos. Venid, os ruego, á mi corazón, y embriagadle con la abundancia de vuestra

(1) Cap. V del *Manual de San Agustín*.

dulzura para que se olvide de las cosas temporales. Ayudadme Vos, Señor y Dios mio, y alegrad mi corazón. Venid á mí para que yo os vea. Estrecha es para mí esta cárcel de mi alma, hasta que Vos vengaís á ella y la ensancheis; es frágil hasta que Vos la consolideis. Muchas cosas hay en ella que desagradan á vuestros ojos, lo sé y lo confieso; pero ¿quién lo podrá purificar sino Vos, y á quién tengo de clamar sino á Vos, y decir: Señor, limpiadme de mis manchas ocultas y perdonad á vuestro siervo sus pecados? Dadme gracia, dulcísimo Jesús, para que encendido en vuestro amor, yo desee vivamente descargarme de todos los apetitos carnales, y desasirme de todos los afectos de la tierra. Haced, Señor, que á mi alma esté sujeta mi carne, y mi alma á la razón; que mi razón se rinda á vuestra fé, y que yo esté interior y exteriormente sumiso en todo á vuestra santa voluntad. Con-

cededme vuestro auxilio, para que mi corazón y mi lengua y todos mis huesos os alaben. Dilatad mi alma y levantad mi espíritu, para que, con ligero vuelo, llegue á Vos, que sois la sabiduría eterna que sobre todas las cosas permanece. Desatad, os suplico, las cadenas con que estoy aprisionado, para que, libre y suelto, corra á Vos, atienda á Vos y me abrace con sólo Vos. Amén.

PETISIONES.

PRIMERA.

POR LA IGLESIA.

Inmaculada Virgen María: la Iglesia católica, como el Arca en los dias del diluvio, guarda en su seno, fecundos é incorruptibles, los gérmenes de la vida. De su palabra,

sin mancha, brota la vida de la inteligencia; de su amor, que todo lo inflama, la vida del corazón; de su gracia, que todo lo santifica, la vida de la inmortalidad. Ella es el arca misteriosa, fabricada por Dios, para salvar la vida del mundo. Y como la paloma del Arca que, sin manchar su inmaculada pluma, anunció á los hijos de Dios la paz y la misericordia, sed, oh Madre, para la Iglesia, mensajera dulcísima de su tranquila y segura libertad.

Dios te salve, María, etc.

SEGUNDA.

POR EL PAPA.

Inmaculada Virgen María: en la más alta cumbre del mundo moral aparece la más augusta representación de la santidad en la tierra: allí está el padre de la humanidad, aquel á quien el mundo denomina, con toda propiedad, el Padre Santo, el

santificador de las almas y el vicario de vuestro Divino Hijo Jesucristo. Experto piloto, tiene que conducir la nave de Pedro á segura playa, á pesar de las olas embravecidas y del aquilón desatado. ¡Oh dulce estrella de apacible claridad, consoladora estrella de los mares! no dejéis de mostraros, en medio de las borrascas, al invicto Sucesor del Príncipe de los Apóstoles, que lleva en sus manos la dirección de la barca y de las redes. Fija en Vos su mirada, aunque el mar abra sus abismos, y la tormenta ruja, y se estremezca la nave; tranquilo y sin miedo seguirá la huella luminosa de vuestra celestial pureza; alentará con su valor á los débiles; calmará con su palabra las dudas; y llegaremos todos, ovejas y pastor, navegantes y piloto, al puerto de la vida, al trono de vuestra hermosura, resplandeciente, en la gloria, de belleza y de luz.

Dios te salve, María, etc.

TERCERA.

POR LOS FIELES DIFUNTOS.

Inmaculada Virgen María: entre la mansión de las delicias sin término y el abismo del llanto eterno y de la eterna desventura, hay un lugar de expiación en que se confunden los dolores y las esperanzas, la felicidad y el infortunio: allí se sufre y se espera; allí se padece y se bendice: allí se purifican los Santos de sus ligeras faltas; pero allí el fuego que los aflige es tan doloroso y tan vivo que en él se adunan todas las penas, se reúnen todos los dolores, se concentran todas las angustias. Volved, oh Virgen Inmaculada, vuestro dulce mirar de Madre á esa región de transitorios, pero inmensos dolores. En ella, tal vez por nuestra culpa, sufren tormentos sin medida los seres para nosotros más queridos. En

ella tal vez llora, sin esperanza de pronta redención, alguna alma de todos olvidada. ¡Oh Madre! por vuestra Concepción sin mancha, os rogamus liberteis de aquel fuego abrasador las almas de vuestros hijos.

Dios te salve, María, etc.

CUARTA.

POR EL MUNDO.

Inmaculada Virgen María: las naciones están conturbadas, los reinos de la tierra declinan, las sociedades se estremecen con las convulsiones de la agonía, acaso su disolución se aproxima; tal vez su muerte se acerca. No permitais, oh dulce Madre del Amor hermoso, que mueran impenitentes. Este mundo, ungido con la sangre de vuestro Hijo derramada sobre el Calvario, digno es de vuestro amor y también de

vuestros ruegos. Comenzad, pues, la obra de su regeneración; alcanzad, con vuestras súplicas, que sus príncipes gobiernen con sabiduría, que sus legisladores decreten cosas justas, que florezca la paz en sus Estados, la caridad entre sus súbditos, la ciencia verdadera en sus consejos. Arrancad del corazón de sus soberanos el vano pensamiento de sacudir el reino de Dios. Desterrad de sus legislaciones, el ateísmo; de su política, la tiranía; de sus costumbres, el desenfreno; de sus maestros, el error; de su educación, el paganismo; de su prensa, la salvaje libertad. Bendecid, oh soberana del mundo regenerado, sus adelantos y su progreso; haced que el vapor y la electricidad lleven á las regiones más apartadas la luz de la ciencia y la civilización de la Cruz; que liguen á los pueblos todos con el dulce lazo del amor divino, y que preparen, de este modo, el reinado universal del bien y de la paz. ¡Oh Ma-

dre Inmaculada, convertid al mundo!

Dios te salve, María, etc.

QUINTA.

POR NUESTRA PATRIA.

Inmaculada Virgen María: venimos también á pedirnos por nuestra patria, deliciosa región que el Criador nos concediera para abrigar en ella nuestra cuna y santificar nuestro sepulcro. Tierra menos favorecida por la pureza de su cielo, lo feráz de sus campos y la variedad de sus climas, que por la inefable ventura de albergar en su seno, entre las rocas del Tepeyac, á la misma Virgen que salió de la boca del Altísimo, más pura que la primera emanación de la luz y más bella que la rosa nacida á orillas del Jordán. Oh Madre de los Mejicanos: defended á nuestra patria, enrique-

cida con vuestro amor y santificada con vuestra presencia. Desde esas rocas estériles, pero benditas, iluminad al Pastor de nuestras almas; convertid á nuestros gobernantes en ministros de Dios para el bien; inflamad el amor que casi se extingue entre nosotros; guardad en vuestras manos el tesoro incorruptible de nuestra fé, para que nadie nos lo arrebate; dirigid la educación de la juventud; libertad á esta bella porción, esperanza de la Iglesia y del Estado, de las cadenas que oprimen su inteligencia, de los vicios que disecan su corazón; restituid su bendito hogar á las vírgenes del Señor, dispersas hoy, como palomas arrojadas del nido, por deshecha tormenta; levantad el culto á su esplendor primitivo; dad pan á los ministros del Santuario, víctimas de la indigencia y del abandono del mundo; multiplicad los centros de enseñanza católica y los asilos que abrigan al menesteroso

y al desvalido; fecundizad nuestros campos; infundid la gracia y los dones del Espíritu Santo en nuestras almas, y alejad de nuestro dichosísimo suelo los azotes y los castigos. Bendecidnos, Madre piadosísima; amparadnos bajo vuestra sombra; salvadnos con vuestro amparo.

Dios te salve, María, etc.

SEXTA.

POR NUESTRAS FAMILIAS.

Inmaculada Virgen María: la Providencia Divina, llena de maternal solicitud, dispuso que, al abrir el hombre los ojos á la luz, encontrara en el caliente seno de la que le diera el sér, abrigo y alimento, y seguro amparo bajo el techo dulcísimo del hogar. La familia fué su primera sociedad, y la familia debe ser el primer objeto de su cariño y de su gratitud. Así lo enseñásteis con vuestro ejemplo, oh Hija obe-

dientísima, oh dulce Esposa, oh amante y cariñosa Madre. La casa de Nazaret fué el primer templo levantado á Dios en el hogar doméstico. El hogar es la cuna del porvenir, la esperanza de la Iglesia, la prenda de la felicidad del mundo. Bendecid, por tanto, oh fuente de misericordia, á nuestras habitaciones y á nuestras familias. Bendecid á nuestros padres, cuyas fuerzas se han consumido en procurarnos el bien; cuyo corazón, abierto siempre para derramarse en el nuestro, ha tenido para nosotros un amor inextinguible é inexplicable; cuya existencia, pronta siempre á sacrificarse por nosotros, ha dado vida á nuestra carne, vida á nuestra inteligencia, vida á nuestro corazón. Bendecid á nuestras esposas, que son nuestros ángeles de consuelo en la hora de la tribulación; nuestros más discretos consejeros en las difíciles situaciones de la vida; nuestro firme sostén en las dudas y nuestras fieles

compañeras en nuestra peregrinación por este valle de lágrimas. Bendecid á nuestros hijos, para que desde su tierna edad sean los buenos ángeles de nuestras familias. Que la sencillez de su fé, la tranquila firmeza de su esperanza y la rectitud de su amor nos hagan entrar en nosotros mismos para servirles de modelo. Precadvedlos de las corruptoras influencias que por todas partes los cercan; de las relaciones peligrosas, de las funestas lecturas, de la natural tendencia al mal, de los lazos del enemigo del hombre que espía la hora de turbar, por una primera falta, la dulce tranquilidad del paraíso de su inocencia. Guardadlos de nosotros mismos, de nuestras condescendencias para con ellos, de nuestra educación frívola y desacerutada, de los malos ejemplos. Volvedlos al camino del bien, si, por desgracia, se han apartado de la senda que conduce á la vida. Extirpad sus errores, si alguna mano

impía ha desgarrado sus creencias y envenenado su corazón. Ende-
rezad sus pasos. Allanadles, en lo
futuro, el camino que les trazó vues-
tro Hijo. Bendecid su infancia y su
juventud, bendecid su edad madu-
ra, bendecid su vejez. Bendecid, oh
luz de nuestros ojos, oh reflejo pu-
rísimo de la divina Esencia, á nues-
tros parientes, á nuestros amigos, á
nuestros domésticos. Bendecid nues-
tras moradas, salvad á nuestras fa-
milias.

Dios te salve, María, etc,

SÉPTIMA.

Por el remedio de todas nues-
tras necesidades.

Oh dulce Madre del Amor hermo-
so y de la santa esperanza, encanto
de nuestra vida, rocío de fuego que
incendia nuestras almas, lluvia di-
vina que refresca nuestros áridos

corazones, antorcha resplandecien-
te que disipa las nieblas de nuestro
entendimiento, guía de nuestro ca-
mino, fuerza de nuestra debilidad,
saludable bálsamo de nuestras he-
ridas. Vos, Inmaculada Virgen, que
enjugais con cariñosa mano las lá-
grimas que sin cesar derraman nues-
tros ojos; que poneis término, con
solo vuestra presencia, á los suspi-
ros que exhalan nuestras almas an-
gustiadas; que cambiáis en inefa-
bles delicias nuestros infortunios;
que aliviáis nuestros dolores, rom-
peis nuestras cadenas, y sois la úni-
ca esperanza de salvación en medio
de las encrespadas olas del mundo.
Vos, oh Madre, sostén de los que
vacilan, puerto seguro de los que
navegan, bendecida por todas las
generaciones y santuario de todas
las virtudes, escuchad nuestras ple-
garias, tened piedad de nuestros ge-
midos, recibid nuestros lamentos,
compadeceos de nosotros movida
por nuestras lágrimas. Mirad, con

vuestros dulces ojos, nuestro cautiverio y nuestro desamparo. Extinguid los ardores de nuestra concupiscencia; calmad, en nuestras almas, las tempestades violentas que levantan nuestras pasiones; purificad nuestros labios, para que dignamente os invoquen; haced que nuestros ojos se fijen solamente en la claridad apacible de vuestra virginal pureza; que nuestros piés únicamente recorran el dichoso camino de los mandamientos del Señor; santificad nuestras manos para que hagan obras de misericordia, y puras, puedan levantarse hacia el cielo; abrid nuestros oídos para que dócilmente reciban la palabra encerrada en los Libros santos, más dulce que la miel y más deliciosa que el panal fabricado por las abejas. Dadnos tiempo para hacer penitencia; libradnos de la muerte repentina é imprevista; rectificad nuestras conciencias. Mostradnos, oh fuente inagotable de bondad,

mar siempre lleno de los dones y de las gracias del cielo, vuestras antiguas y siempre nuevas misericordias. Acordad á los enfermos, salud; á los navegantes, tranquilidad; á los cautivos, redención; á los afligidos, consuelo, y á los pobres, socorro. Preservad nuestros campos de la esterilidad, y á la tierra de temblores é inundaciones. Recibid, oh Madre, nuestros votos y vuestras alabanzas. En este dia, que consagramos á vuestro culto, no desprecieis nuestras plegarias. Abrid vuestras entrañas de misericordia, y desciendan sobre nosotros las bendiciones y las gracias. Oh hermoso paraíso de las más inefables delicias, árbol de la vida, arca preciosa que contiene el maná del cielo, gloria de los Profetas, corona de los Apóstoles, honor de los Mártires, gozo de los Santos, concierto de todas las jerarquías, modelo de todas las vírgenes, Reina concebida sin mancha, más resplandeciente

que el sol, no nos abandoneis. Salvad á la Iglesia, salvad al Papa, salvad al mundo.

HIMNO.

Salve, Madre Inmaculada
Del Salvador prometido;
Vaso de celeste gracia;
De gloria, vaso escogido.

Antes de toda existencia,
Vaso por Dios reservado;
Por la mano de su ciencia
Desde entonces cincelado.

Salve, Madre; flor que brotas
De entre espinas, sin espina;
De la zarza punzadora,
Flor de gracia, flor divina.

Nosotros somos la zarza,
Somos ¡oh flor peregrina!
Los heridos en el alma,
Del pecado por la espina.

Mas á Tí, Madre, no llegan
Esos cardos punzadores,
Y te levantas serena
Como el lirio entre las flores.

Cáliz de perfume blando;
De aromas masa excelente;
Puerta cerrada al pecado;
Del jardín del cielo, fuente.

Tú superas en fragancia,
Madre del Creador inmenso,
Al cinamomo, á la mirra,
Al bálsamo y al incienso.

Salve, gloria de las Vírgenes,
De los hombres mediadora;
Salve, Madre, que á luz diste
La Salud reparadora.

Salve, rosa de paciencia,
Suave mirto de templanza,
Olorosísimo nardo
De celestial esperanza.

Tú de humildad hondo valle;
Tierra vírgen, cuyo seno,
Inaccesible al arado,
Dió fruto de vida pleno.

Flor del campo, hermoso lirio,
De oscuro valle, que exhalas,
Como perfume divino,
Al Redentor de las almas.

Tú de los cielos paraíso,
Arbol de Líbano excelso,

Que, sin incisión esparces
La dulzura del incienso.

Tú la plenitud resumes
De la celeste hermosura,
La plenitud del perfume,
Del candor y la dulzura.

De Salomón bello trono,
Al que ningún trono iguala;
Ni por lo rico del oro,
Ni del arte por las galas.

De tu amor y tu decoro
Los misterios prefigura,
Por su brillantéz, el oro;
El marfil, por su blancura.

Llevas, oh Madre, en tu diestra,
La palma de tu victoria;
Sin igual acá en la tierra,
Sin semejante en la gloria.

Honra del género humano,
Virgen que en tu alma atesoras
Las virtudes de las almas,
Sobresaliendo entre todas.

Al Angel y á las criaturas
Oscurece tu belleza;
Como la aurora á la luna,
Y la luna á las estrellas.

Es tu virginal pureza
Hermosa luz sin eclipse;
Como el amor que te incendia,
Fuego que jamás se extingue.

Salve, Madre de clemencia,
Que bendices y perdonas;
Santuario de luz, que habitan
Las tres Divinas Personas.

Pero Santuario que ofreces
Más dulce, especial morada,
A la Majestad del Verbo
Encarnado en tus entrañas.

Oh del mar hermosa estrella,
Criatura especial, María,
Que estás radiante en los cielos
Sobre toda jerarquía.

Desde esa altura suprema
Donde está tu trono fijo,
Colócanos, Virgen bella,
Bajo el amparo de tu Hijo.

Así, Madre, no se temen,
A la sombra de ese abrigo,
Ni las engañosas redes,
Ni el terror del enemigo.

Destinados en el mundo
Para continuo combate,

Combatiremos seguros
Siendo Tú nuestro baluarte.

Cedan, Virgen soberana,
A la fuerza de tu brazo,
La fuerza del enemigo,
Y á tu previsión, sus lazos.

¡Oh Jesús! Verbo del Padre,
De los hombres dulce amparo;
De tu dulcísima Madre
Guarda siempre á los esclavos.

Rompe, Jesús, las cadenas
Del pecador que á Tí clama;
Con la sangre de tus venas
A todos los hombres salva.

En nuestra alma redimida
Imprime tu semejanza;
Tu Pasión que es nuestra vida,
Y tu Cruz, nuestra esperanza.

El Ilmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida, dignísimo arzobispo de Méjico, se ha dignado conceder ochenta días de indulgencia á cada una de las oraciones que anteceden, como también al Himno.

NOTA.—Al insertar Augusto Ni-

colás el himno que antecede en su obra intitulada: *Nuevos estudios filosóficos sobre el Cristianismo* se expresa así: “¿Cómo sacrificar la secuencia *Salve, Mater Salvatoris*, ese encantador collar de perlas de Adam de San Víctor, una de las joyas más graciosas de la colección litúrgica de María, que valió, se dice, á su autor, y se concibe, el milagroso agradecimiento de la Reina del cielo?” Estas solas frases revelan el mérito y la hermosura de ese himno, que diariamente debe brotar de los labios católicos, en honor de María; y á la vez justifican el motivo de su traducción del latín, en que fué escrito, al hermoso idioma castellano.

ORACIÓN.

Dios te salve, augusta Reina de la paz, Santísima Madre de Dios; por el Sacratísimo Corazón de Jesús, tu Hijo, haz que se aplaque su

ira y que reine en paz sobre nosotros. Acuérdate, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir, que abandones al que invoca tu socorro. Yo, animado con esta confianza, vengo á Tí, á Tí ocurro. No quieras, oh Madre del Verbo, despreciar mis palabras; sino óyelas propicia, y escúchalas; oh elemento, oh piadosa, oh dulce Virgen María.

N. S. P. el señor Pio IX, por su decreto fecha 22 de Septiembre de 1846, concedió perpetuamente 300 dias de indulgencia siempre que se rece la oración que antecede, con devoto y contrito corazón. A los que acostumbran rezarla diariamente, les concedió una indulgencia plenaria cada mes, siempre que estén contritos, confesados, alimentados con la sagrada Comunión y oren por el Sumo Pontífice, en una iglesia ó público oratorio.

NOVENA

De la Inmaculada Concepción

DE MARIA SANTISIMA,

TRADUCIDA DEL ITALIANO.

ESTA NOVENA PUEDE COMENZARSE EL
29 DE NOVIEMBRE.

Por la señal de la santa Cruz, etc.

Ven, oh Santo Espíritu!
Ven, oh dulce fuego!
Llena de tus dones
A tus fieles siervos.